La “vida oculta” de Jesús

Todos sabemos qué hizo Jesús durante los tres años de su vida pública: cómo recorrió ciudades y pueblos de Palestina predicando el Reino de Dios, curando enfermos, resucitando muertos y enseñando parábolas. Pero ¿qué hizo durante los más de 30 años anteriores?

Ariel Álvarez Valdés

Lo único que conocemos antes de los 30 años de la vida de Jesús es un episodio que le sucedió a los 12 años, cuando se perdió en Jerusalén durante una fiesta de Pascua, y cómo José y María lo hallaron “en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas; y todos los que lo oían estaban asombrados por su inteligencia y sus respuestas” (Lc 2,46-47). Pero inmediatamente después dice el evangelio que volvió a Nazaret, y de nuevo el velo del misterio desciende sobre su vida, oscureciendo todas sus actividades durante los siguientes 20 años.

Este enigmático silencio sobre la juventud de Jesús hizo que muchos le inventaran historias y relatos increíbles. Así, algunos, con bastante imaginación, afirman que viajó a Inglaterra acompañado de su tío-abuelo José de Arimatea, donde conoció el druidismo (la religión de los celtas) y donde aprendió algunas de las ideas que más tarde enseñaría, como la Trinidad y la llegada del Mesías. Otros sostienen que fue a la India, donde los grandes Budas le enseñaron a leer, a curar enfermos y a realizar exorcismos. Otros aseguran que estuvo en Egipto aprendiendo los secretos de los faraones y llenándose de energía misteriosa en las grandes pirámides. Y los más ingenuos piensan que llegó hasta América para iniciarse en la sabiduría arcana de los pieles rojas.

Leer bien los evangelios

Estos relatos se han podido inventar porque, según la creencia popular, los evangelios callan y no cuentan nada sobre los años perdidos de Jesús. Pero ¿realmente los evangelios callan absolutamente? ¿En ninguna parte dan indicios de lo que hizo Jesús durante todos aquellos años? En realidad no es así. El evangelio de San Lucas proporciona dos pistas muy importantes.

La primera, después de narrar la presentación del niño Jesús en el Templo de Jerusalén a los pocos días de haber nacido. Dice que José, María y el niño “volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y allí el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él” (Lc 2,39-40). Por lo tanto, claramente el evangelista nos informa que Jesús pasó los siguientes años de su vida en el pueblo de Nazaret, donde experimentó un desarrollo físico, intelectual y religioso, como cualquier niño de su edad.

La segunda, luego de contar que el niño Jesús se perdió a los 12 años en la ciudad de Jerusalén y fue hallado en el Templo. Dice que “regresó con ellos a Nazaret, y allí vivió, obedeciéndoles a ellos en todo. Y Jesús seguía creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres” (Lc 2,51-52).

Uno más del pueblo

Si nos atenemos, pues, al evangelio, debemos concluir que Jesús no se movió de Nazaret durante todos esos años. “Allí vivió”, dice Lucas. Y allí, en su círculo familiar (“obedeciendo a sus padres en todo”), experimentó su madurez humana, intelectual y psicológica, de la misma manera que lo hacían los demás niños judíos de su tiempo.

Esto queda confirmado por un episodio relatado en el evangelio de Marcos. Cuando Jesús predicó por primera vez en la sinagoga de Nazaret, los aldeanos galileos, al escucharlo, se asombraron y dijeron: “¿De dónde ha sacado esa sabiduría que tiene, y ese poder de hacer milagros? ¿No es éste, acaso, el carpintero, el hijo de María?” (Mc 6,2-3). La vida de Jesús, pues, debió de haber transcurrido de una manera tan ordinaria y normal en su apacible pueblo de Nazaret, que el día que se presentó en público con una sabiduría fuera de lo común los paisanos de Nazaret se sorprendieron. Nunca habían sospechado que él fuera nadie más que “el carpintero”, “el hijo de María”. De haberse ausentado Jesús del pueblo para estudiar y perfeccionarse, como dicen las leyendas arriba mencionadas, los galileos no habrían tenido por qué asombrarse de sus prodigiosos conocimientos.

Si Jesús no salió de Nazaret durante su infancia y su juventud (fuera de sus peregrinaciones a Jerusalén, o de un viaje ocasional a algún pueblo vecino), ¿qué hizo en todos esos años? ¿Es posible conocer algo de su vida oculta? Sí es posible, gracias a los descubrimientos arqueológicos y literarios que actualmente poseemos.

¿Cuál era su verdadero nombre?

Lo primero que hicieron los padres con el niño Jesús, apenas nacido, fue ponerle un nombre. Esto se realizaba en medio de una alegre ceremonia, celebrada al octavo día como mandaba el Génesis (17,12), y ante la presencia de varios testigos.

El nombre que José y María le pusieron fue el de "Yehoshúa", que en hebreo significa Josué. Por la Biblia sabemos que en Palestina ese nombre solía acortarse y pronunciarse "Yeshúa", por razones de familiaridad. A su vez en Galilea, donde se hablaba de una manera distinta al resto del país, y donde vivía la sagrada familia, se lo abreviaba aún más y se lo pronunciaba "Yeshú". Por eso, los primeros cristianos de origen griego lo tradujeron más tarde por "Jesús".

El nombre de Yeshúa, en el siglo I, era uno de los más comunes y ordinarios que había. Así lo vemos, por ejemplo, en el escritor Flavio Josefo, quien en sus obras menciona a más de 20 personas que se llamaban Jesús en la historia judía; de las cuales, por lo menos 10 son contemporáneas de Jesús de Nazaret.

En hebreo Jesús (o Josué) significa "Dios salva". Y no le pusieron ese nombre al niño sólo por un homenaje al caudillo hebreo Josué, sino porque, según Mateo, un ángel le dijo a San José: "Le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1,21).

¿Aprendió a leer y escribir?

¿Aprendió Jesús a leer y escribir durante su infancia, en un pueblito tan insignificante como Nazaret, o permaneció analfabeto? Muchos piensan que semejante pregunta es absurda, ya que en los evangelios tres episodios muestran claramente que él sabía leer y escribir.

El primero es aquél en el que los escribas y fariseos le presentaron una mujer sorprendida en adulterio para ver si debían apedrearla o no, y Jesús, en vez de contestarles, "se agachó y se puso a escribir en la tierra con el dedo" (Jn 8,6). El segundo es cuando se presentó en la sinagoga de Nazaret, y lo invitaron a leer el libro del profeta Isaías (Lc 4,17). El tercero es aquél en el que los judíos, al escucharlo predicar en Jerusalén, se preguntaron maravillados: "¿Cómo es que éste sabe escritura sin haber estudiado?" (Jn 7,15).

Pero lamentablemente ninguno de estos tres textos sirven para probar la capacidad de lectura y escritura de Jesús.

El primero, porque al mostrar a Jesús "escribiendo" con el dedo en el suelo, pero sin mencionar para nada qué es lo que escribía, ha llevado a pensar que sólo trazó unas líneas sobre la arena, con la intención quizás de hacer ver su molestia a los acusadores de la mujer, pero sin tratarse de ninguna escritura real.

El segundo, porque el texto del profeta Isaías que Jesús lee en la sinagoga de Nazaret, así como está, no existe. Es un pasaje construido por el evangelista Lucas con versículos salteados de ese libro (es decir, de Is 61,1; 58,6; y 61,2). ¿Cómo se las hubiera arreglado Jesús para leer en el libro de Isaías un pasaje semejante?

El tercero, que presenta a Jesús sabiendo "escritura" sin haber estudiado, en realidad no dice que Jesús supiera "escribir", sino que sabía usar las Sagradas Escrituras (es decir, el Antiguo Testamento) en una discusión teológica, cosa que podía haber aprendido oralmente, sin saber por eso leer.

Los dos ciclos de estudio

No tenemos, pues, en los evangelios pruebas seguras de que Jesús supiera leer y escribir. ¿Podemos

averiguarlo por otro lado? Sí.
Por la literatura judía sabemos que cuando Jesús era niño existía en Nazaret, como en los demás pueblos de Palestina, una pequeña escuela, donde concurrían los niños a partir de los 5 años. El local estaba pegado a la sinagoga, y el programa escolar constaba de dos ciclos básicos.

El primero duraba 5 años. Los niños comenzaban aprendiendo las letras del alfabeto hebreo, y luego se iniciaban en la lectura de la Biblia, empezando por el libro del Levítico. De ahí pasaban a los demás libros bíblicos, repitiéndolos versículo por versículo, hasta que aprendían el texto sagrado casi de memoria. En la Biblia los alumnos estudiaban todo: la lengua, la gramática, la historia, la geografía.

Terminada esta primera etapa los niños pasaban al segundo ciclo, que duraba 2 años. Allí se aplicaban al conocimiento de la "Ley Oral" judía (llamada Mishná), es decir, a las interpretaciones y complementos que los doctores de la Ley hacían de las leyes bíblicas.

A llegar a los 12 años, los niños terminaban sus estudios. Si alguno era particularmente brillante, entonces podía cursar estudios más avanzados; para ello debía viajar a Jerusalén o a alguna otra ciudad importante del país, e inscribirse en las escuelas dirigidas por los más célebres doctores de la Ley. Pero eso era privilegio de algunos pocos; la mayoría de los jóvenes se reintegraban a sus familias, donde empezaban a aprender de su padre una profesión para ganarse la vida.

Sin duda que Jesús, durante su infancia, asistió como todos los niños de su época a los dos ciclos básicos escolares en la sinagoga de Nazaret, donde aprendió a leer y a escribir. Pero no parece haber recibido la enseñanza superior propia de los centros urbanos como Jerusalén. El comentario que de él hacían los judíos diciendo: "¿Cómo es que éste sabe escritura si no ha estudiado?" lo confirma.

¿Jesús era carpintero?

¿Qué profesión practicó Jesús durante su adolescencia? Sabemos que todo padre de familia judío procuraba para su hijo una ocupación, pues los rabinos decían: "El que no le enseña a su hijo un oficio, le enseña a robar". San Marcos, tal como vimos, dice que cuando Jesús predicó en la sinagoga de Nazaret los aldeanos comentaron: "¿No es éste el carpintero?" (Mc 6,3). De ahí se pensó siempre que Jesús fue carpintero.

Pero muchos han puesto en duda esta afirmación. Primero, porque los otros evangelios traen una versión diferente. San Mateo, por ejemplo, dice que la pregunta de la gente fue: "¿No es éste el hijo del carpintero?" (Mt 13,55), es decir, le atribuye el oficio de carpintero a San José, no a Jesús. Mientras que San Lucas presenta a la gente preguntando: "¿No es éste el hijo de José?" (Lc 4,22), con lo cual ninguno de los dos aparece como carpintero.

Segundo, porque Nazaret, ubicada en la fértil región de la Galilea, era un pueblo de campesinos, donde sabemos que la mayoría de sus habitantes se dedicaba a la agricultura y a criar ganados.

Y tercero, porque en casi todas las parábolas de Jesús hay imágenes del ambiente agrícola (el sembrador, la cizaña, la viña, la higuera, la semilla de mostaza, etc), y no del ambiente de la carpintería.

Sin embargo hoy los biblistas han concluido que Marcos, el primer evangelista que escribió, no se habría animado a llamar a Jesús "carpintero", ocupación que gozaba de poco prestigio en aquella época, si no fuera porque efectivamente era cierto. En cambio sí hay motivos para que Mateo haya cambiado la información: como él buscaba acentuar más la figura solemne y majestuosa de Jesús, pensó que tal atribución era irrespetuosa, por lo que prefirió transferírsela a José. Y Lucas, más sensible aún que Mateo, vio como una burla de los galileos la mención de semejante oficio, y optó por suprimirlo tanto de José como de Jesús.

Y el hecho de que sus parábolas aludieran tanto a la agricultura se debe a que su auditorio estaba formado, en su mayoría, por agricultores, por lo que buscó amoldarse a ese lenguaje. Podemos, pues, concluir que Jesús, durante los 30 años de su vida oculta, trabajó como carpintero.

¿Cómo rezaba Jesús?

Otras de las cosas que aprendió Jesús durante su adolescencia en Nazaret fue a rezar, ya que todo niño israelita, a partir de los 13 años, adquiría el hábito de orar tres veces por día: a la mañana, al mediodía y a la noche (Sal 55,18; Dn 6,11; Hch 10,9). Para ello se le enseñaba a cubrirse la cabeza y los hombros con un manto especial, llamado "talit", el cual tenía colgados en sus cuatro esquinas unos flecos llamados "zitzit". Estos flecos representaban todas las leyes divinas, que ellos observaban de corazón por las "cuatro esquinas" de su vida. Eran en total 32 (8 flecos en cada esquina), porque el número 32 simboliza la palabra "corazón" en hebreo. El uso de los flecos lo había ordenado Dios a Moisés en el libro del Deuteronomio: "Habla a los israelitas para que se pongan unos flecos en la punta de sus mantos. Así, al verlos, se acordarán de todos los mandamientos del Señor" (15,37-41).

Dos eran las oraciones que un judío, desde su adolescencia, debía recitar cada día. La primera se llamaba "Shemá" (en hebreo: "Escucha"), porque comenzaba diciendo: "Escucha, Israel: Yahvé es nuestro único Dios". Más que una oración era una profesión de fe, sacada del libro del Deuteronomio (6,4-7). Y la segunda era la llamada "Shemoné Esre" (en hebreo: "Dieciocho") porque consistía en dieciocho oraciones (tres alabanzas, doce peticiones y tres agradecimientos a Dios).

En estas oraciones, repetidas a lo largo del día, el niño Jesús fue aprendiendo a llamar a Dios "Padre nuestro". Y fueron éstas las que crearon el clima espiritual en el que creció, y las que marcaron profundamente su psicología religiosa de niño.

¿Adónde iba los sábados?

Desde su infancia, y acompañado por sus padres, el niño Jesús concurría los sábados a la sinagoga de Nazaret. Como cualquier otro niño, se habrá sentido aburrido y distraído ante las interminables oraciones de la asamblea, que duraban casi toda la mañana, y que le resultarían difíciles de seguir porque eran en hebreo, lengua que él no entendía ya que hablaba el arameo. Pero con el paso de los años fue aprendiendo las plegarias y los ritos, hasta que se le volvieron familiares.

Además de concurrir a la sinagoga, el sábado debía ser venerado mediante la práctica del reposo total. Así, desde el viernes a la tarde el niño Jesús debió de ayudar a su madre María en los preparativos de la celebración: traer doble provisión de agua, limpiar la humilde vivienda, colocar en su lugar las herramientas de trabajo, mientras María preparaba las dos comidas: para el viernes a la noche y el sábado al mediodía.

Minutos antes de comenzar el sábado, es decir, el viernes por la tarde, el pequeño Jesús de pie ante la mesa asistía al rito de la luz, tradicionalmente reservado para las mujeres de la casa: María pronunciaba una bendición y luego prendía una lámpara que permanecía encendida hasta la mañana siguiente, cuando se levantaban para ir a la sinagoga.

De regreso al mediodía, se reunían las familias del pueblo en grupos para compartir un almuerzo común, en el que se hablaba principalmente de temas religiosos.

Preocuparse por el hoy

La vida oculta de Jesús, pues, no tuvo nada de extraordinario ni prodigioso, como la pintan las absurdas leyendas tejidas sobre ella. Fue en esta atmósfera sencilla y familiar, propia de los poblados de Galilea, donde el niño Jesús creció, maduró y descubrió la vida. El coro de los chicos en la escuela, la voz de las muchachas en la fuente de agua, el monótono golpear del martillo en la carpintería, el grito repetido de las madres llamando a casa a sus hijas entretenidas en la calle, fueron el clima que Jesús respiró y asimiló durante 30 años.

Y cuando un día su Padre del cielo le pidió que dejara todo y saliera a predicar el mensaje de salvación a sus hermanos los hombres, nunca se arrepintió de los años transcurridos en su pueblo, en su casa y con su gente; de sus años ocultos y silenciosos; de su trabajo en el taller y de sus reuniones con amigos. Nunca consideró ese tiempo como "perdido", pues vivió cada día y cada época como la mejor que tenía. Y así también lo enseñó, cuando fue mayor: "No se preocupen por el día de mañana; mañana ya habrá tiempo para preocuparse. Cada día tiene bastante con sus

propios problemas” (Mt 6,34).

P. Ariel Álvarez Valdés, Argentina